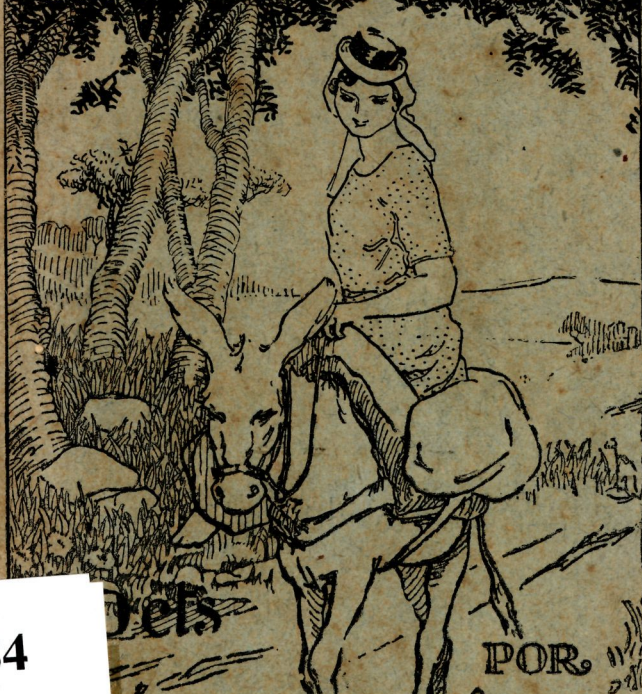


# DANIELA



84

de

POR

DE MANUEL GUIMERA

PUBLICACIONES DE

AE "LA PRENSA"

DANIELA



PUBLICACIONES DE «LA PRENSA»

# DANIELA

POR

JOSE M. GUIMERA



Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias)

-782216-

# DANIELA

## I

Todo el monte era gloria aquella mañana. El cielo parecía más azul que nunca y el aire, ligero y fresco, ponía en fuga las idcas y llenaba el espíritu del simple gozo de vivir. Los árboles, lustrosos, se levantaban verticales a beber la luz en sus copas; el sol, filtrado, asaeteaba aquí y allá la negra tierra húmeda; de las hojas pendían las gotas de agua cada vez más diminutas al alzarse el día y los grandes helechos lujuriosos se combaban a un lado y otro de los senderos.



Un silencio profundo nacía del rumor igual y dilatado del monte, que sólo en ocasiones y al capricho del aire, rompía el susurro de alguna barranquera. De vez en cuando, un grupo campesino bajaba, atravesando el monte, camino de la ciudad. Recias mujeres descalzas y curtidas, soportando sobre sus cabezas enormes cargas; chiquillos llevando sobre las espaldas encorvadas gruesos haces de leña y trotando con ellos por las veredas escarpadas, el compañero mauso y fiel del borriquillo. A veces, del grupo miserable, como ayuda en la larga caminata, un cantar salía reinando en la espesura,

por que bien sabes tú, Dios providente,  
que no puede vivir el que no canta...

Y luego, al aclararse el monte y aprisionada por la verde alfombra, la visión de la ciudad en el llano, con sus azoteas claras y sus tejados rojos y la mancha oscura de las viejas ca-

sas, bajo la vigilancia de las cúpulas de su catedral y entre el eco de las campanas en diálogo al desperezo de la mañana.

En aquella hora, Daniela venía monte abajo, desde Taganana, para entrar de criada en la casa de la marquesa de Torrebella, riendo a la vida con sus diez y nueve años sobre la albarda de su borriquillo, toda flor y hermosura en el negro pelo asomando bajo el oro del pañuelo anudado atrás, en los ojos grandes y profundos, en el cuerpo duro, ágil y vigoroso, cuya gloria se adivinaba bajo el ligero traje rosa; nieve y fuego en la boca que reía y cantaba...

Sintiera el borriquillo la delicia de aquella carga tan preciosa. Las finas pezuñas resbalaban por los vericuetos pendientes y húmedos, a cuyo pronto sentía la carne morena y rosada agarrársele al cuello, mientras luego, todo encogido, parecía aguardar, como una delicia más, el hostigamiento de la vara.

Y la moza, en el bello aturdimiento de sus años, veía llegar la nueva vida gozosa y risueña. Fué la suya, hasta entonces, arisca y juguetona; hija del sol que tan hermosamente la curtiera; hermana de la tierra pisada por sus pies años y años; en ocasiones, a la vuelta a su casa, hecha bronce y harapos, llena de polvo y de sudor, más gloriosa que nunca, cuando el barro, fundido en su cuerpo, cobraba fuerza y hermosura como en el milagro primitivo...

El aire, lleno de los olores de la retama, le traía al recuerdo sus días pasados, sus caminatas por los cerros desde donde veía el caserío ajuntado y pequeño; las charlas con las amigas a la vuelta de la fuente—habladurías de novios, chismes de las otras, cuentos de brujas—la misa dominguera y las palabras del cura y algunas tardes, trepando risco arriba, la vista del mar azul y grande, el camino de las tierras lejanas y misteriosas adonde tantos conocidos habían ido... Y sobre todas

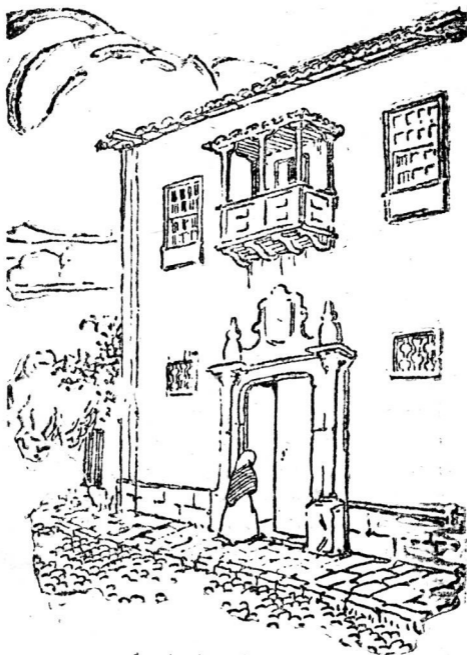
aquellas cosas, el recuerdo de alguien con quien la mirada se cruzó en más de una ocasión: el recuerdo de aquel Julián, fuerte, bueno y sencillo, en cuya compañía algunas horas—ahora las más presentes—, transcurrieran a la caída de las tardes tibias, en las revueltas lentas de la trilla o a la sombra de los duraznos en flor.

Y así, rumiando memorias de días pasados, junto a un retoño de ilusiones para los que venían, los viejos eucaliptos dejaron a Daniela a las puertas de La Laguna.

## II

La casa de doña María del Pardo, Marquesa de Torrebella, era una de las más antiguas y serias de la ciudad. Viuda la señora desde hacía bastantes años, vivía á la sazón con su hermana doña Elvira en su amplia casa lagunera. Chapadas ambas a la antigua, pasaban los días, que discurrían iguales como las cuentas de su diario rosario, en visitar iglesias y amistades, llenas de severidad en el vestir y en el pensar, aunque no exentas, sin embargo, de cierta dulzura espontánea y agradable.

En la casa todo era recogimiento y orden. De los muros empapelados de



la sala colgaban grandes cuadros religiosos y de familia; sobre las mesas, viejos floreros bajo claros y panzudos fanales; altas sillas adamascadas y cortinones de igual clase en las ventanas anchas que daban a la calle silenciosa. Las cosas realmente buenas que de la familia habían llegado a doña María no estaban en la casa. Vajillas y prendas estaban guardadas por las monjas que anualmente tomaban las segundas, en ciertas solemnidades religiosas, para el aderezo de las imágenes. Luego, un par de veces en el año, llegaba una tortada de alfeñiques en mensaje del convento.

El padre de Daniela, antiguo mediano de la marquesa, no había vacilado en dejar a su hija al servicio de la respetable dama, a cuyo lado hallaría la vigilancia y los cuidados necesarios. Y en aquella mañana radiosa, la moza se instaló en la casa grande y severa—un poco destartada, un poco fría—de la marquesa de Torrebella.

—¿Y cómo fué, padre, cómo fué?, preguntaba Daniela, sentada frente al hombre en la cocina de la casa, toda ansiosa y medrosa ante la noticia del crimen.

—¿Y quién lo sabe?, el majorero apareció muerto en medio del campo.

—¿Y no se sabe quién ha sido?

—Tampoco se sabe. Los guardias se pasaron el día haciendo averiguaciones. Allá, a la tarde, sin poner nada en claro, se llevaron preso a Julián.

Y el padre, atento a su narración, no observó cómo aquel gesto de sorpresa intensa, aquellas manos llevadas súbitamente a la boca como para ahogar la propia exclamación, aquel quedarse sin respiro, aquellos ojos tan abiertos denotaban una conmoción profunda en el alma de la muchacha.

—¡Pero eso no puede ser! ¿Verdad padre, que no puede ser?

—Eso mismo pienso yo, pero como salieron juntos aquella tarde y Julián volvió solo... Después no volvió a sa-



lir aquella tarde ni aquella noche y ahora cuando le preguntan contesta que el majorero le dijo que quería seguir caminando y lo dejó como a una legua de donde luego lo encontraron... Nadie lo cree, pero el run-run del pueblo lo hizo...

Y así, mientras el padre hablaba, qué angustia inexplicable, honda y resignada iba oprimiendo el corazón de la moza; qué dardo clavado y sentido más adentro cuanto menos lo comprendía; qué revolotear de cosas vagas y lejanas en aquellos deseos de quedarse a solas y desahogar en lágrimas el desconsuelo!...

Y luego, a partir de aquel minuto, el espíritu distendido mientras llegaba el día de la causa a través del tiempo de la prisión de Julián que la ansiedad alargaba y sobre el cual el misterio mantenía su torturante interrogación. En los días encapotados y grises, desde los corredores de la vieja casona, ella adivinaba, por el rectángulo de cielo hosco que el patio re-

cortaba, las brumas aligerándose cuesta abajo hasta desaparecer en Santa Cruz, en un cielo azul y bruñido que él contemplaría a través de las rejas de la mazmorra...

### III

Pero Julián ha sido absuelto por falta de pruebas. En los largos meses de su encarcelamiento, su espíritu se entenebreció un poco. El mismo resultado de la causa que le pone nuevamente en libertad, sin reconocer su inocencia sino manteniendo ante todos la duda humillante, le hace andar sombrío a la vuelta a su campo.

Un ansia de liberación total, de otras gentes y de otras tierras donde su persona y su nombre se pierdan, se va apoderando de él. Con un gozo triste ha visto a Daniela. También en

ella el tiempo ha dejado su marca, dándole severidades de mujer desconocidas hasta entonces; afilando un poco su rostro, donde los ojos, antes a flor de piel, empiezan, más hondos, a interrogar; blanqueando su tez huérfana de sol; con maneras más quietas adquiridas en la casa de las señoras.

—Julián, ¿por qué te vas? En Santa Cruz habrá acomodo para tí. El pueblo es más grande y en donde quiera encontrarás trabajo.

—No, Daniela. Yo debo marcharme. Me iré a América donde nadie me conoce y con mi trabajo ganaré mi vida. Sé que soy inocente y tú también lo sabes. Pero los demás... Yo no sé que tiene la justicia que cuando toca, a veces da sombra...

—Pero volverás, ¿verdad que volverás?

—Cuando mi inocencia sea más clara que la luz del día.

Y el mozo determinóse al fin a partir. Una mañana entróse por las puertas de la casa de doña María, llamó a

Daniela y se despidió para América. La propia marquesa le había procurado algunas recomendaciones y allá se fué en busca de una nueva vida de la que sólo volvería si alguna vez la aureola de su honradez le circundaba de nuevo diáfananamente. Fué la despedida breve y sencilla. Como nunca mediaron entre ellos palabras íntimas, no hubo promesas que renovar. Pero cuando, desde la puerta de la casa, la muchacha lo vió alejarse por la calle desierta y desaparecer al cabo, una tristeza profunda la invadió y dos lágrimas resignadas, ignoradas, fueron su único consuelo de aquel momento...

\*  
\* \*

Cuando Julián llegó a Santa Cruz se encaminó derechamente al puerto, donde su padre le aguardaba.

—Aquél es, le dijeron, y de lejos lo vió. Era un barco grande y negro de cuya chimenea salía un humo denso anunciador de las máquinas prontas para la marcha.

—Adiós, Julián ; pórtate bien.

—Adiós, padre ; hasta la vuelta el día que Dios quiera.

Y hubo un abrazo fuerte y seco mientras los corazones se estrujaban contra el pecho.

Y en el barco grande, ¡qué reducido era su sitio ! Separado por una valla estaba el pasaje de lujo discutiendo, perezoso y alegre, por las cubiertas anchas y limpias ; y él, entre los grupos pobres y desconocidos, tuvo un sentimiento de desconsoladora soledad. Paseó por entre ellos, que lo contemplaron con indiferencia. Eran gentes de otras tierras que se apiñaban familiarmente. Hombres jóvenes en su mayoría, embozados en toscas y oscuras bufandas y tendidos en mantas y hamacas o apoyados sobre la borda, miraban, sin ver, el puerto de

escala, con el infinito del mar ya dentro de la vista, donde había la vaguedad del horizonte inmenso y una añoranza de la tierra dejada con la zozobra de las desconocidas. Algunas mujeres lavaban y peinaban a unos chiquillos que lloraban o palmoteaban; se oía el ladrido de unos perrillos y a lo largo de una baranda un mono, arrastrando su cadena, subía y bajaba incansablemente. Desde los puentes superiores de primera, algunas pasajeras miraban curiosamente el abigarrado espectáculo. Un camarero de chaquetilla blanca pasó agitando una campana que avisaba el almuerzo. Minutos más tarde, un clarín, a través de todo el barco, lo anunciaba para las clases de lujo.

Julián se acomodó en un rincón y allí recibió su plato de comida que tomó sin hambre ni desgana. Hubo luego unos roncós bocinazos; unas banderitas que se arriaban y un ruido de cadenas. Sintió al fin una honda y potente trepidación y vió el pueblo y

las montañas girando alrededor... Horas más tarde, sobre la mar azul, rebullendo de espumas al paso del vapor, la isla fué perdiéndose poco a poco mientras el Pico, surgiendo al propio tiempo, recortaba con su triángulo el horizonte limpio, el horizonte infinito de donde se venía y a donde se iba; cada vez más cercano, cada vez más distante; donde el alma y la mirada se perdían...

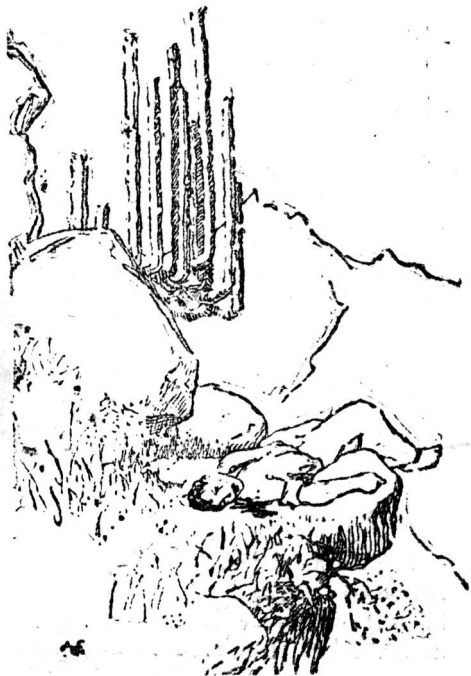


## IV

Tres años han pasado. De tarde en tarde, directamente en ocasiones, por los demás la mayor parte de las veces, Daniela tiene nuevas de Julián; de su vida accidentada y trabajosa en tierras de Cuba; de sus afanes y miserias; de sus luchas y esperanzas; puesta la vista en la estrella de una rehabilitación que el destino haya de darle.

Y un día, al fin, en aquel huracán Antonico que amaneció despeñado en los alrededores de Tanagana, se hizo la luz sobre el crimen misterioso del

majorero tres años antes. ¡Con qué alegría recibió Daniel la noticia!



Apenas si paró mientes en los detalles que se le dieron. Su espíritu, alborozado, vagaba muy lejos, sin preocupación por los pormenores que esclarecieron el hecho: la funda del cuchillo del muerto encontrada en la casa de Antonico; la actitud de éste, más sombría que nunca a partir del día del crimen; en su casa también y en lugar escondido, un retrato y dos cartas delatorias de una antigua historia en la que mediara una mujer y mil datos más, ahora hilvanados reflexivamente y que antes, en la ignorancia, nadie pusiera en claro. En nada reparaba ella. Sólo sentía un regocijo muy íntimo que le esponjaba todo el ser; unos deseos de cantar, inconsciente de la vida, como en sus años de chiquilla y un parecerle largo, largo, el tiempo que él tardaría en saberlo y contestar... Aquella noche, cuando las señoras la llamaron para rezar con ellas el rosario, como de costumbre, arrodillada en la semi-obscuridad de un rincón y mientras las pa-

labras salían maquinalmente y el pensamiento iba y venía sobre los mares hasta tierras lejanas y desconocidas, sintió unas lágrimas de gozo, compañeras de aquellas que salieron a la hora de su marcha...

\*  
\* \*

Ha vuelto Julián. Al marchar a su casa se ha detenido en La Laguna para ver a Daniela, un poco turbados uno y otro al encontrarse frente a frente.

—Julián: Ahora sí que tendrás cosas que contarme.

—¡Y tantas! Más de las que te piensas.

Y era verdad. Cuando algunos días bajaba del pueblo y se veían en la plaza a las horas de música, ¡cuántas y cuántas narraciones de su vida de

Cuba que ella oía llena de gozo y de silencio!

El no había permanecido en la ciudad. Criado en el campo, el campo le llamaba y le ofrecía más ventajas allí donde la gente prefiere quedarse como sirvientes y empleados de comercio, que ir a las grandes plantaciones de caña o a las vegas de tabaco. Y así, de un lado para otro, sobre aquella superficie suavemente ondulada, donde crecen el alto cedro y la caoba frondosa, vió los inmensos cafetales en hileras siempre verdes, prosperando a la sombra, con sus flores pequeñas y blancas como estrellitas, que mueren enseguida para dejar paso al rojo fruto y las plantas de cacao con sus nueces y sus flores rojizas o amarillas y los sembrados de caña que luego de cortada arrastran lentamente los bueyes, mientras las grandes quemas de hojarasca hacen prosperar los retoños y las plantaciones de tabaco con todas sus faenas laboriosas: las varas que se colocan en los secaderos; los ma-

nojos, una vez secas; las pilas que más tarde se amontonan; las cubiertas y los pesos para preservarlas; el apartado cuidadoso... Y un día, al fin, en una de aquellas narraciones, algo más íntimo de cosas que él sintiera al recordarla a ella: la declaración de su cariño comprendido a la distancia y que ahora llegaba como la realidad de un sueño, tan vaga y persistentemente acariciado...

—Ya lo sabes, Daniela. Ya sabes lo que pasó por mí y lo que guardo dentro. Si antes estaba ciego y no supe verlo, bien me pesa porque esa dicha me perdí. Contéstame tú ahora si me quieres como yo te quiero.

Y ella, la cabeza inclinada, toda encendida de rubor, apenas sabía hacerlo.

—¿Por qué antes no te acordaste de mí?

—Sí me acordaba. Verás. Me acordaba siempre, pero no sabía lo que aquello quería decir. Primero me acordaba de todas por igual. Luego, poco

a poco, todas se fueron borrando y yo olvidándolas y sólo te quedabas tú. Al final, después de los años, ya no tenía en la memoria sino dos o tres cosas: la casa con el padre y los hermanos; la yunta; el padrino viejo que tanto me quería y tú con ellos. Y cuantas menos cosas iba recordando, más fija estabas tú. Vi muchas mujeres y cuando estaba con ellas y reían y cantaban, de pronto, sin saber por qué, me preguntaba: ¿Qué estará haciendo ahora Daniela? Algunas veces quise escribírtelo, pero pensaba que te ibas a reír. ¡Me encontraba tan pobre y tan lejos!...

—Y ahora ¿no estás tan pobre como antes?

—Pero te estoy viendo y el verte me da fuerzas y me lo hace olvidar. Y, a veces, cuando uno olvida, parece que es más rico...

Fué la respuesta de Daniela tranquila y simple. ¿A qué ocultarle que ella también día por día había alimentado su recuerdo? Y si no tuvo

palabras inflamadas, que no sabía decir, sintió en cambio una alegría tan grande y tan honda, que a sí sola se bastaba: una plenitud de toda ella que no necesitaba ya de canciones ni gritos para expresarse porque era el sentimiento cierto, sin ansiedades ni zozobras. Era una luz interior que la iluminaba toda y las ilusiones, llevándola de la mano con el alma abierta...



Los días que se siguieron fueron para ella como de encantamiento. Era como una fuente rumoreándole siempre al lado y salpicándole de espumas frescas. Por la noche, en medio de las sombras de su cuarto, sonreía al sentir por dentro remotas claridades; durante el día, los trajines de la casa no le pesaban nada, aligerada con su



pensamiento que remolineaba alrededor de todas las fantasías...

Veía con más frecuencia a Julián. A veces los quehaceres del campo le retenían un poco más y sólo los domingos podía bajar para emprender el regreso al rayar el día. Por eso no le extrañó aquella vez en que cerca de diez días transcurrieron sin que él apareciera.

Por fin llegó, taciturno, callado.

—¿Qué te pasa hombre?

—Nada. No es nada.

—Entonces, ¿por qué no estás como otras veces?

—Sí, estoy como siempre.

—No. Algo te pasa.

—Que no me pasa nada.

—Que te digo que no. Tú me escondes algo, ¿pues yo no lo veo?

—Entonces óyelo. Después de todo, al final tienes que saberlo.

Y Julián contó entonces lo que le había ocurrido en el paréntesis de aquellos días! Una mañana, fué otra vez detenido por la guardia, llevado a

Santa Cruz y entregado como prófugo. Durante su tiempo en Cuba se había pasado la época del servicio y ahora, al ingresar en él, lo mandarían a Africa...

Recibió ella la nueva con sufrimiento y desconsuelo. Alma y ojos se le enturbiaron nuevamente, y a fin de cuentas tuvo que aparentar serenidades que estaba muy lejos de sentir. Porque él tuvo momentos de rebeldía. Habló de marcharse otra vez y de mandarla a buscar. Sentía tristeza y cólera, y ella, creyendo mayor el peligro de la ausencia y de la distancia con la prohibición por tantos años de volver a la tierra, fingió fortalezas y le imploró la renuncia de aquella locura.

— El tiempo se va muy deprisa. Antes te esperaba sin que tú me hubieras dicho nada. Ahora te esperaré mejor, sabiendo de tí a cada poco y que al final vendrás sin más peligros. Y cuando todo pase y tú vuelvas como tantos otros, en paz y en gracia de

Dios, ya nadie podrá quitarnos nuestro querer juntos.

Y al día siguiente contó sus pesares a la marquesa. Hizo gestiones la señora, revolvió influencias, intercedió con sus amistades en busca de un arreglo, pero todo fué en vano. La ley, aquella vez halló muy fieles servidores. A Julián, ya soldado, lo embarcaron un día para las tierras ingratas de Africa. Se quedó Daniela llena de amarguras, sintiendo a veces el escorzor de su empeño en que cumpliera, ante los riesgos a que iba a exponerse y a solas, en las luchas de su espíritu, se consolaba con la limpieza de su intención. Después, las cartas que le llegaban, iban manteniendo florecido en la monotonía de su vida, el campo de las ilusiones.

## V

En el pasar del tiempo, una tarde, en el comedor de la casa de la marquesa, doña Elvira, su hermana, escribía al dictado de Daniela:

«Ya veo que sigues bueno. Yo también lo estoy y contando los días que pasan y los que todavía van quedando. Algunas veces se me antoja que me empiezo a acostumar a los peligros que estás pasando, pero luego veo que no es verdad, porque de pronto, cuando me acuerdo de eso, me da un salto el corazón y me entran ganas de llorar. Pero enseguida viene la es-

peranza y me da otra vez vida. El otro día, sin saber por qué, me puse más triste que nunca y tuve una idea. Me fui a ver al Cristo y le hice una promesa. Le ofrecí, si tú volvías, regalarle un corazón grande de cera. Y con aquella promesa me puse tan contenta, que la tristeza se me fué quitando. Yo le ofrecí que iríamos juntos a llevárselo. Y pensé que, como el tuyo y el mío son uno solo, pues él con uno solo también tendrá bastante. Mañana mismo voy a encargarlo. Quiero que sea bonito; de cera muy blanca y muy brillante. Y ahora ya no pienso más que en eso, porque cuando cumpla la promesa, será porque tú has vuelto. Ya podrás pensar que lo ofrecí con toda el alma y que recé mucho. Primero rezaba con palabras, pero como era por tí, al final ya no pensaba más que en tí sin decir nada. Pero el Señor, que ve por dentro, no se puede enfadar, porque todo mi pensamiento por tí me parecía como una oración más. Escríbeme pronto y di-

me si quieres ir conmigo a cumplir la promesa...»

Y otro invierno pasó por La Laguna, entoldado y frío. Canturreó el agua en górgolas y tejados y las calles, intransitadas, bajo el cielo de plomo, se cubrieron de verde. Pasaban los días, breves y monótonos, entre el tintineo de las campanas y el rezumar de los aleros. Algunas veces las sombras se apartaban y un cielo jocundo y radiante, aparecía presidido por la magna antorcha del sol, como un anuncio de los días brillantes que habían de venir. Pero aquel invierno ya sería el último en la espera. Y ahora Dianela, ante el anuncio del regreso de Julián, ¡con qué regocijo veía cerrarse las noches y acortarse, sol tras sol, la distancia de su vuelta! Para fin de verano sería y al avance de la estación, las brumas le parecían llenas de claridad y las ventoleras de la primavera ráfagas de promesas...

La ofrenda del corazón que ella había prometido ya estaba en su poder y

ante su vista, el alma, dilatada candorosamente, pensaba en el instante de su ofrecimiento, juntos los dos en un día inolvidable, frente a la puerta de oro para la entrada en su nueva vida...



Al día siguiente de recibir Dianela una carta de Julián, tenía licencia para ir dos días a su pueblo. Con el alma radiante, la visión de su aldea, que no había visitado desde su instalación en La Laguna, era una nueva alegría en su alborozo.

A través de sus ilusiones ¡qué distinto le parecía el pueblo, estando tan igual, en medio del campanileo de su espíritu!

Reía por cada cosa y mil detalles que le habían sido familiares toda la

vida, eran ahora motivo de juego y de retozo.

Y no sabía decir, cuando le preguntaban, qué vida le gustaba más; si la suya de antes, suelta y libre o la de entonces, igual y sujeta en la casa de La Laguna; porque sin analizarlo, sentía confusamente la bondad de las dos: cuando todo se ignora y nada se espera y cuando todo se espera al calor de una gran ilusión.

Fué al término de aquellos dos días, cuando, de regreso a La Laguna, hizo en esta ciudad su nueva entrada; no inconsciente y confiada sobre su borriquillo, como la vez primera, sino reina y radiosa sobre la gloria de una enorme carreta desbordante de espigas.

Acababa de salvar el monte, cuando tropezó con unos conocidos, uno de los cuales conducía la carreta. Paráronse a bromear y uno del grupo, viéndola más mujer y tan cambiada, hubo de decir:

— ¡Mírenla! ¡Ya no sabe saltar co-



mo antes! ¡Súbete, si te atreves, a la carreta!

—¡ Ahora verán!

Y ágil, flexible, puso un pie en el ancho eje, luego el otro en la llanta de la rueda y agarrada a los palos que aprisionaban la carga, haciendo escalones de los propios manojos de trigo, trepó hasta lo más alto, desde donde gritó triunfadora:

—¡ Ya lo vieron! ¡ Ahora, al pueblo!

Arrancó la carreta con su carga de oro y de vida, y luego de atrevesar el camino desnudo de las Mercedes, entró por la calle verdecida del Agua.

Marchaba tarda y somnolienta en un mediodía de verano en que el sol caía a plomo y la naturaleza toda parecía aletargada en la misma plétora de savia que corría por ella. Su ruido, amortiguado por la tierra de la carretera, se perdía en la soledad del campo, donde, en el bochorno de la hora, los élitros de las cigarras daban su chirrido entre los rastrojos amarillos

y la fuerte evaporación llenaba el paisaje de vibraciones; pero al salir de los caminos polvorientos y encajonarse en la vieja calle, un cuadro de gloria, de luz y de color se iba desarrollando a su paso.

Por el ruin empedrado, la rúa, desierta y silenciosa, se llenaba de estrépitos y de entre los tumbos salía un rumor: el rumor de los trigos al bambolearse que repetían el susurro de otros días, cuando eran, en la llanura, mar ondulante bajo los juguetes del viento.

Y la carreta parecía revivir al apretarse a un lado y otro contra la ringla de los árboles. Saltando y rebotando sobre los guijarros, al llegar a la concavidad de las bocacalles, cabeceaba como una nave para entrar otra vez, al tirón potente de la yunta, a buscar el fresco de las verdes copas. Había entonces un choque con la arboleda. Con un fracaso de tempestad, la carreta, pesada y grande en medio de la calle angosta, iba desgarrando las hojas

que quedaban prendidas en la rubia carga, mientras las espigas desbordadas se enredaban en las ramas y caían luego tronchadas de sus tallos. Y tenía el espectáculo la bella desproporción de un nacimiento: las casas pequeñas; los árboles tan altos como las casas y la carreta más alta que los árboles.

Y allá arriba, ella. De bruces sobre el elevado montón, desgranando espigas con sus dientes blanquísimos, veía muy abajo, por entre las gavillas sacudidas, las testuces fuertes y humildes de los bueyes, poseída bajo el sol ardiente e inmóvil sobre el lecho tambaleante, de una dulce voluptuosidad, dorada toda ella como una espiga más y como ellas también guardando las fecundas promesas de mañana...

Y así hizo su otra entrada Daniela en La Laguna, cuando sobre su trono los hombres no la veían y Dios, viéndola tan hermosa, se sentía hombre...

## VI

Es el día del Cristo y La Laguna arde en su primera fiesta. Ya hizo la imagen su paseo matinal y luego, durante el día, un rosario interminable de gente visita la iglesia. Al fondo de la roja capilla, sobre los brazos de plata de su cruz, el Cristo recibe, moreno, humilde, silencioso, ansias y gratitudes. Las mujeres con cirios pasan y repasan de rodillas, como figuras truncadas, a lo largo de la iglesia y las gotas oscuras de la cera van marcando el camino de las súplicas. Allá, entre el tabernáculo de luces,

las blancas pasionarias simbólicas besan los pies de la imagen.

Afuera, a la llegada de la tarde, la gente va en aumento en espera del paso de la procesión que un claro re-



pique de campanas anuncia al fin. Y el gentío va afluyendo y congregándose en las esquinas. La comitiva, pasada la espaciosa plaza, se adentra por

las viejas calles de la ciudad, a la claridad del día que aún deslustra las luces, en fila delante y apiñadas luego alrededor de la imagen. La procesión va lenta y solemne, saludada por los repiques ligeros de los dos conventos. Al embocar la ancha calle de la Carrera, las sombras empiezan a envolver la ciudad y al paso por la plaza de la Catedral y en noche ya, entre las recias y sonoras campanadas, las luces adquieren todo su prestigio. Aquí y allá, los cohetes empiezan a rayar el cielo... Y al detenerse frente a la torre de la Concepción, las negras piedras, entre detonaciones, vierten una cascada de fuego mientras las bombas de colores se desfloran sobre la multitud... Y a partir de ese momento la extraña apoteosis del Mártir: a su paso por templetes y banderolas, bajo los arcos que abovedan las calles y envuelta en la cárdena humareda de las bengalas, la cruz, recordándose al avanzar pausadamente, surgiendo del torrente de la multitud,

entre ecos de músicas y girar de ruedillas centelleantes. Desde lejos, un rojizo resplandor sobre las casas va marcando su paso...

Y al llegar a la ancha plaza, dando cara a las montañas cuyas crestas se recortan con luces y haciéndose aún más lenta su marcha, la comitiva que irrumpe en el mar hirviente de la multitud que aguarda el momento culminante en que el Cristo queda bajo el templete central. Entonces, de los cuatro ángulos, surgiendo de entre la misma muchedumbre, miles de cohetes que se levantan simultáneamente y extienden por el cielo sus grandes abanicos de fuego. De la ladera próxima, un volcán responde, lanzando entre retumbos su gigantesco cono invertido, que se junta allá arriba con más miles y miles de dardos que de la plaza se siguen proyectando, mientras del cielo desgarrado llega un tableteo fragoroso, ensordecedor, que va repercutiendo de montaña en montaña...

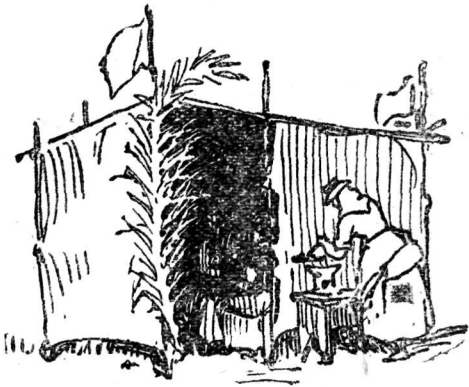
Durante unos segundos, una sensación de aniquilamiento pasa por la muchedumbre sobrecogida y cuando todo cesa y una densa humareda queda flotando sobre la plaza, las campanas de la iglesia anuncian el regreso del Cristo.

Daniela acompañó a la procesión en todo su recorrido, renovando su voto. Próxima la vuelta de Julián, aquel regocijo de todo el pueblo se le metía en el alma y como nunca, gozó de la fiesta y se recreó en sus colores y se sumó a sus ruidos.

Aquella noche, con las amigas, recorrió la plaza que rebullía como un inmenso hormiguero. Por entre el laberinto de plumas y gallardetes adornados de brezo y bajo la red luminosa de los farolillos, la gente que se reúne y se dispersa, que va y viene con el rumor de una formidable algazara. Junto a las paredes, los blancos y endebles ventorrillos; a un lado de la plaza el paseo del señorío y luego, por todas partes, el sembrado de pues-



tos con todas sus notas y algarabías: las puntas blancas de las luces de acetileno; el rasgueo de las rifas; los campanillazos de las mesillas de ruletas; la música igual e infatigable de



los organillos y la otra agria y farandulera de los acordeones; los gritos de pregón; los puestos de turrónes; los tenderetes de baratijas. Salteadamente, en algunos puestos, aterciope-  
lados conejillos y sedosas palomas, mi-

rando en derredor, con sus ojos redondos y vivos, la confusa baraúnda; en un lado, la vorágine de un tío-vivo, y luego, por los caminos y barrancos oscuros que parten de la plaza, entre el eco de guitarras y voces roncadas, el aguafuerte de unas figuras tambaleantes perdiéndose en las sombras...

Todo lo vió y recorrió aquella noche. Recibió requiebros de parrandas y grupos de mirones y tuvorisas en todos los momentos. Cuando, a la media noche, los fuegos, entre estampidos, desgranaban sus colores, el rostro, todo en gozo, recibía los reflejos de las ruedas fantásticas y luego, correteando de un lado para otro, reía más y más cuando los «busca-pies» venían a enredársele desde lo alto como culebrillas de fuego... Más tarde, de puntillas desde una puerta enramada con palmas, se extasió con el baile de dentro, de donde surgían las notas de las saltonas y al fin, de regreso, se cruzó con una parranda que rompía con su cantar la quietud de la calle:

Igual que el fuego del Pico,  
qué al fin quemó sus laderas,  
es el alma de mi tierra,  
cuando se quiere de veras.

Y entonces, saltando sobre el tiempo, fué en busca de las fiestas por venir, cuando en pareja con Julián pudiera decirle:

—El año pasado ¡qué lejos estábamos!, ¿quién se acordó más aquel día? ¿Habrá sido, Julián, el corazón que le ofrecimos al Señor?...

## VII

¡Quién se acordó más! Hubiera sido cosa difícil de decidir. Porque si ella, en la placidez de su vida, mantenía el recuerdo igual en el pasar del tiempo, en cambio, Julián, en medio de su existencia militar, la veía resurgir entre los azares de cada día. En las marchas largas y fatigosas; en las vigili-  
as de las guardias; en los días enervantes y en las noches cerradas; en las zambras de cuarteles y barracones y en la soledad de los puestos avanzados se le aparecía como una promesa de paz y de dulzura, siempre

igual, lo mismo entre las tempestades, cuando azotaban su campamento, que surgiendo de la tierra resquebrajada, en los días de fuego del estío.

¡Oh, la llegada del correo, cuando la voz del cabo gritaba los nombres! Esperando en un rincón, Julián veía cómo los demás avanzaban rápidamente, recogían el tesoro de los recuerdos y trasponían la puerta lentamente, devorando, ausentes de la tierra que pisaban, las noticias del pueblo lejano... Sonaba al fin su nombre. Sentía entonces como un vuelco en el pecho y antes de llegar, ya escudriñaba y reconocía la letra grande y suelta de la señora, portadora de tantos detalles pequeños y queridos. Y eran esas pequeñeces las que luego se iban desenvolviendo en su espíritu en las horas de inactividad. ¿Quién puede explicar las formas y matices que lugares y personas queridas van tomando al conjuro del recuerdo, a través del cristal de la distancia y a la sombra de las ilusiones? Hay en el fondo

un agridulce añoramiento pronto a fermentar a la menor agitación, y cuando los recuerdos se precisan y los ecos se avivan, aquel mundo va cobrando vida de mil maneras diferentes. Es unas veces como un campo obscuro en el que se alumbran lucecitas blancas que saltan y se apagan para encenderse de nuevo más lejos: toda una luminaria de viejas y pequeñas cosas perdidas que aparecen de pronto y que por no poderse presentar de golpe, pasan de unas a otras serpenteando por los hilillos sutiles de la asociación; es, otras veces, la estrella fija y blanca de un sólo momento que apaga cuanto está a su alrededor, mientras ella se va agigantando y todas las potencias del recuerdo se concentran en su brillo lejano. Y así, cristalizadas en una frase, en un sonido, hasta en un olor, reviven la hora y el camino y el ruido y la luz y hasta los mismos muros testigos. Es, otras veces, un hecho pasado que sirve de punto de partida para un galope

de la fantasía. Bajo un maridaje de ilusiones y temores, todo un porvenir caprichoso se va desenvolviendo de aquel punto inicial, que inmediatamente queda en olvido, mientras los acontecimientos toman caminos que se cruzan y enlazan en una red fantástica y complicada, con impulsos y retrocesos que los llevan a los más extraños lugares de donde se bifurcan nuevos caminos para que el proceso se repita, siempre igual en su fondo y distinto en su forma; es, en fin, otras veces, toda el alma suspensa en la totalidad del recuerdo, vuelta hacia atrás en una tristeza de ver los momentos huídos de uno mismo, sintiendo entonces el desconsuelo del goce que no se gozó, reviviendo vagamente toda una etapa de la vida, confusa, borrosa, con un ansia de arrojar sobre ella puñados de luz, remontar el curso del tiempo y colocar la propia existencia y el universo entero a ordenar una dichosa resurrección...

Así era el desfile variado de los mis-

mos recuerdos por el alma de Julián. Veía, desde un alcor, extenderse el albo campamento y entre las tiendas, los grupos de soldados en el ir y venir de las faenas, confundidos, en el trajín, los pardos uniformes de sus compañeros y los alquiceles blancos de los indígenas; a un lado, como estrellas vivientes, los círculos de las caballerías agrupadas; más lejos el cauce seco de un río y cerrando el horizonte, las crestas de los montes trágicos. Zumbaban los insectos, brotando de la tierra agrietada; se oían las voces secas de mando; brillaban, bajo el sol, las bayonetas de los centinelas y algunas veces del cielo, intensamente azul, llegaba el eco potente de algún aeroplano. Y entonces, el mozo, recordaba la dulce sombra de sus montes y el agua fresca de sus fuentes y los cantares de su tierra y el cuerpo y el habla de su novia, y novia y tierra y cantares y fuentes, se le antojaban más acogedores que nunca sobre aquel sue-



lo árido de donde el alma se le despegaba.

Pero sobre todo por las noches, cuando las estrellas titilaban y él, en la soledad de su puesto avanzado, avizoraba las tinieblas preparado a la sorpresa y le rozaba el silbido de alguna bala traicionera, le parecía imposible que aquel mismo parpadear presidiera allá lejos su casa y sus fiestas, donde la vida le había ofrecido amores y dolores, donde su corazón tenía sus raíces y donde se abría la flor de todas sus ilusiones.

Y en la noche encalmada y profunda, rondado de peligros, con el espíritu puesto en remotas lontananzas, ¡cuántas veces monologó, bajo la égida amorosa de las estrellas!

—¡Daniela, Daniela; ahora ya es para siempre!...

## VIII

¿Qué mano misteriosa juega con la vida y con la muerte, con almas y cuerpos, con las tinieblas y la luz? ¿Quién las junta y las separa y pone espejismos con nuevas securas y esperanzas y hace que el vendaval avente el rosal de las ilusiones florecido horas antes?... En el curso igual de la vida, es, de pronto, un nuevo sentimiento sacudiendo el alma por resquicios que parecían infranqueables; es, al contrario, en la luz perenne del espíritu, el timón del destino que se tuerce y

lleva fatalmente la barca alejándola de la visión deseada...

Inesperadamente Daniela ha enfermado. Una fiebre extraña, pertinaz, la agosta de día en día. Aquel cuerpo, todo salud y hermosura, se va plegando débilmente después de una semana de lucha. A ratos, cuando la fiebre crece, su propia intensidad la hace volver a la vida con una expresión inquietante en sus ojos abiertos que luego se entornan abatidos en el retiro momentáneo del mal. Y como han sido inútiles todos los cuidados, el agotamiento se acentúa a cada nuevo zarpazo...

Dos meses hace que no recibe nuevas de Julián. Un sentimiento de tristeza y desasosiego, una perenne preocupación, aumentada al paso del tiempo, fueron alejando de su persona alegrías y risas. En la soledad de su cuarto, su mirada se ha detenido muchas veces, con pena y cariño, sobre el corazón blanco y pulido, siempre presente en la intimidad, como la lla-

ma de su recuerdo siempre viva en el fondo de su alma.

\*  
\* \*

—El papel se recibió hace dos días. Es del coronel de Santa Cruz diciendo que Julián murió en un hospital en Africa. No pudimos ponernos en viaje para acá hasta esta madrugada y queríamos decírselo antes a la señora...

—Pues que no lo sepa Daniela. Tiempo habrá cuando cure de irla preparando. Ahora sería agravarla.

Así hablaban en la antesala de la marquesa, doña Elvira y el padre de Daniela. Venía el campesino endomingado y limpio, las gruesas manos compañeras de la tierra haciendo girar el sombrero en presencia de la señora, la frente más cargada de arrugas...

—Y ella, entonces, ¿sigue mal?

La grave respuesta no lograba salir de los labios de doña Elvira.

—Siguió con fiebre toda la noche. Esta mañana aún ha subido más. Si quiere verla venga conmigo, pero cuide de no hablarle mucho porque el médico lo tiene prohibido.

Y marchó delante, silenciosamente, seguida del hombre a cuyos pasos cuidadoso y tardos crugían los corredores...

En el cuarto de la muchacha la otra criada velaba sentada a la cabecera, mientras la marquesa entraba y salía vigilando los cuidados. De las paredes encaladas colgaban algunos cromos y estampas de santos; sobre el velador, con los frascos de las pócimas, estaba el corazón de cera que había de ser ofrendado al Cristo a la vuelta del ausente; en la cama, bajo el negro pelo enmarañado, los ojos grandes y profundos de la enferma brillaban dilatados por la fiebre...

La fiebre había ido en aumento y

los primeros síntomas del delirio empezaban a manifestarse. A poco de entrar su padre y de reconocerlo, la razón y el desvarío se mostraban alternativamente, en frases entrecortadas, como el chisporroteo de dos hogueras respondiéndose.

Y era el recuerdo de su última visita al Cristo su idea dominante. La faz morena y lacerada del Nazareno cobraba vida en aquel mundo de alucinaciones que pasaban y repasaban sobre el mar hirviente de su imaginación. Y la ofrenda del corazón, tomada de sobre el velador, la apretaba contra su seno en fuego.

—¡ Padre, padre, el Cristo me lo dijo; yo sé el secreto de tu felicidad; yo sé el secreto de la felicidad de todos! ¡ Está en el corazón! ¡ Guárdalo bien y cuando sea bien tuyo, regálalo todo! ¡ Dáselo a él; dámelo a mí!...

La enferma se excitaba de segundo en segundo. La mirada—su bella mirada aterciopelada y mansa de otros días—se iba extraviando, mientras

allá, en el abismo de las pupilas negras, brillaba una lucecilla de misterio...

—Padre, ¿verdad que estoy muy mala?

Y los momentos de lucidez se iban espaciando cada vez más. Ahora delirio y realidad se amasaban en el espíritu hirviente de la enferma.

—¡Aquí está, aquí está, padre, el corazón! ¡Es el suyo, que es mío porque él me lo dió! ¡Es el mío que yo se lo dí y por eso no está dentro de mí! Yo les pido una cosa: ¡llévenlo al Cristo, aunque yo me muera! ¡Será por él! ¡Por él que ha de volver! Pero, ¡qué pena! ¿Por qué no escribe? ¿Es que me olvidó? ¿Tal vez murió? ¡Eso no puede ser!... ¡Qué silencio por todas partes... ¡Todo mi pensamiento ha sido suyo y él ya no se acuerda! ¡Qué angustia, Dios, qué angustia! ¡Padre, mi corazón al Cristo y cuando él vuelva díganle donde está y que vaya a buscarlo. Yo estaré escondida en él y el corazón se abrirá

como una flor y yo saldré a abrazarlo!...

El padre, por los pies de la cama, oía torpe y triste el cruel delirio; las señoras entraban y salían sigilosamente; el ex-voto humilde empezaba a fundirse...

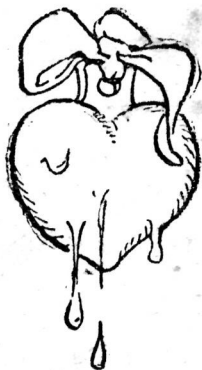
—Que él vuelva, que él vuelva!  
¡Ay,, mi Dios, qué pena no estar yo!  
¡Qué frío siento! ¡Qué frío y qué fuego! ¿Será que quiere darme la sorpresa? ¿Está ahí, detrás de la puerta? ¡Déjenlo pasar!... ¡Qué ruido más raro ahora; qué zumbido por dentro! ¡Las abejas que hicieron el corazón se llevan la cera! ¡Ya queda poco! ¿Verdad que queda poco? ¡Nadie me dice nada! ¡Déjenlo pasar! ¡Ven acá, hombre, que te estoy esperando!...

Del grupo, lleno de dolor, salían frases que trataban de calmarla inútilmente. Mientras, la noche iba transcurriendo. Una noche poblada de congojas y desvaríos, con un viento destemplado que silbaba por las rendijas



de la vieja casa, en tanto que las grandes estancias en silencio se iban llenando con el eco del monólogo entrecortado...

Y cuando a la mañana Daniela murió, la ofrenda no pudo ser presentada al Cristo. ¡Aquél corazón—su corazón—se había deshecho entre sus propias manos!...



## Números publicados

**LAS LAGRIMAS DE CUMELLA**  
por Benito Pérez Armas

**EL LOCO DE LA PLAYA**  
(Dos partes)  
por Leocadio Machado

**LA CUBANITA**  
por Juan Pérez Delgado (Nijota)

**¡ ESTOS NIÑOS DE AHORA !**  
por «Jacinto Terry»

**EL DESTINO**  
por Francisco Cañellas

**EL INGLÉS ARGENTINO**  
por Víctor Zurita

**NAZIR**  
por Luis Rodríguez-Figueroa

**ROSALBA**  
por Benito Pérez Armas

**DANIELA**  
por J. M. Guimerá

## En preparación

**LA CASONA**  
por J. Oliva Blardony

**CUANDO ROMPA EL VOLCAN**  
por Felipe P. Ravina

**EN LA PAZ DE LAS TUMBAS**  
por J. García Suárez